

PUBLICACIONES *Cinema*

**SYLVIA SIDNEY
HERBERT MARSHALL**

en

50
CENTIMOS



*Impetus de
Juventud.*

Impetus de Juventud

BASADA EN LA PELICULA DEL MISMO NOMBRE

DIRIGIDA POR

WESLEY HUGGLES

PRODUCCIÓN DE

DOUGLAS Mac LEAN

CCO
CCL

Es un Film **PARAMOUNT**

DISTRIBUIDO POR

PARAMOUNT FILMS, S. A.

Paseo de Gracia, 91

BARCELONA

Argumento narrado por
PUBLICACIONES CINEMA

INTÉPRETES PRINCIPALES:

SYLVIA SIDNEY
HERBERT MARSHALL

Philip Hood

Astrid Allwyn

Catherine Doucet

Ernest Cossart

PROHIBIDA LA
REPRODUCCIÓN

TALLERES GRAFICOS VDA. M. BLASI - BARCELONA

Impetus de Juventud

ARGUMENTO DE LA PELICULA

CAPITULO I

El simple anuncio del próximo estreno de una obra de Steven Gaye tenía la virtud de revolucionar el mundillo teatral newyorquino. Los empresarios más famosos se disputaban el honor de ponerla en escena, y los actores y actrices de mayor renombre, querían a toda costa ser incluidos en el reparto. Todas sus obras constituyan un éxito sin precedentes. Traducidas a varios idiomas, los públicos de Europa habían refrendado con sus aplausos el fallo del público americano. Aquella consagración casi universal le había convertido en el hombre del día, y nadie mejor que Linda Brown, su gentil secretaria, encargada de recibir y contestar la correspondencia del artista, habría podido decir a qué extremos llegaba la admiración del público por su autor favorito.

Pero últimamente la suerte no parecía querer rendirsele con tanta facilidad. En torno al anuncio de su nueva obra flotaba un ambiente hostil. No se trataba ahora de una comedia por el estilo de las que le habían hecho célebre, sino de un drama, un drama hondo e intenso. He aquí como uno de los diarios de mayor circulación de Norteamérica comentaba el próximo acontecimiento teatral:

«Después de escribir diecinueve comedias con creciente éxito, Steven Gaye ha escrito un drama titulado «Viejo Amor», cuyos ensayos comenzarán en breve. El asunto gira alrededor de un cincuentón que se enamora de una joven de veinte años. Algun chistoso asegura que el autor ha escrito su vigésima media sin darse cuenta de ello.»

El irónico comentario quería significar mucho. Quería significar que el público americano, no iba a aceptar aquel drama de Steven con el mismo alborozo que había aceptado sus come-

días. Admirador fervoroso de la juventud, habría de parecerle un poco absurdo el tema de la obra...

Reunidos en el despacho del comediógrafo, se hallaban aquella mañana los actores que debían intervenir en el reparto. Miss Darring, la actriz de carácter encargada del papel de esposa abandonada, no parecía muy contenta con su suerte. Como el escritor no había salido todavía de sus habitaciones, hizo observar, dirigiéndose a la secretaria del mismo:

—¿Cuánto tiempo hace que trabaja a las órdenes de Steven?

—Tres años.

—No creo que en todo este tiempo le haya visto escribir nada semejante. ¿Se ha fijado usted en mi papel? Una esposa fiel, casada hace treinta años. Mi marido me deja por una joven, quien a su vez le abandona a él por otro joven... ¡Y mi esposo no regresa al hogar! ¿Piensa usted que habrá quién pueda admitir esto?

Los azules ojos de la secretaria se posaron en la veterana actriz con expresión ingenua.

—Sí, señora; podrá admitirlo todo el mundo..., con tal de que disfrazé usted su irresistible simpatía. Usted con su arte exquisito conseguirá que el público simpatice con el marido y odie la esposa por muy virtuosa que ésta sea. Luego se reirán del joven que se interpone entre el hombre maduro y la muchacha...

El actor que debía representar aquel papel, un galán en toda la amplitud del vocablo — joven, guapo, alto, fuerte — se creyó obligado a protestar.

—¿De mí? ¿Dice usted que se reirán de mí? Yo conquisté a la muchacha con mi juventud. No veo en ello el menor motivo de risa.

Ahora le había tocado a Galloway, el actor cincuentón, el sumar su voz en el coro de protestas.

—Por muy malo que les parezca el drama, no les parecerá tanto como a mí — dijo malhumorado. —Le agradeceré, señorita Brown, que le diga al Gaye que he leído su obra, del principio al fin y que nunca me había sentido tan vejado. He interpretado papeles de asesino, estafador e idiota, pero nunca el de un viejo verde.

—¿Viejo verde? — repuso Linda con acento de reproche. — No, no es un viejo verde. Es un hombre valeroso que lucha por su amor. Un hombre que ha existido y existirá siempre, mientras hayan mujeres capaces de preferirle.

En aquel momento salió Steven Gaye de sus habitaciones y se dispuso a atender a sus visitantes. Contemplándole a él, hasta el más recalcitrante apologista de la juventud se sentía

inclinado a aceptar que un hombre cincuentón fuera capaz de enamorar a una muchacha. Era alto, elegante y distinguido; las canas que poblaban sus sienes, único signo de la madurez, no hacían otra cosa que resaltar su postura varonil y hacerle más atrayente. Pero lo que más cautivaba en él era la expresión de inteligencia que se leía en su rostro, ce facciones correctas y simpáticas. Una chispa de ironía brillaba en el fondo de sus ojos pequeños y expresivos y una sonrisa seductora — cínica y bondadosa al mismo tiempo — asomaba continuamente a sus labios. Era un galán maduro, capaz de desbarcar a muchos galanes jóvenes como aquel Dickie encargado de soplarle la dama al cincuentón de la comedia.

Al ver entrar a Steven, los actores que un momento antes se permitían criticar su obra, fueron a su encuentro con grandes demostraciones de regocijo. Steven aguantó sonriendo la avalancha de elogios que salió de boca de Miss Darring, convertida de repente en la más apasionada admiradora de su último drama.

—Su obra es admirable, mi querido maestro. Especialmente mi papel. Creo haberlo entendido perfectamente. Se trata de una mujer virtuosa y aborable al mismo tiempo. Necesitaré caracterizarme mucho para interpretarlo con la propiedad que requiere...

—No pretendo adularte, mi admirado artista — dijo Dickie sonriendo con su sonrisa bobalicona de niño grande —, pero si quiero significarle que considero mi papel como el mejor que me ha sido jamás encomendado. Es un consuelo no tener que hacer un galán de dolo de matines...

—Gracias, mis queridos amigos. Gracias — repuso Steven sonriendo siempre. —Yo a mi vez puedo asegurarles que nunca he tratado con artistas tan inteligentes como ustedes.

Se volvió hacia el actor de carácter, que había permanecido un poco apartado y le preguntó, fingiendo gran interés:

—¿Y usted, qué opina, Galliway?

—No sé, no sé. Mi papel me intriga y me interesa, pero me da un poco de miedo. Eso de hacerle el amor a una joven que podría ser mi hija...

—Sí, sí; comprendo sus escrúpulos. Tal vez el público no lo acepte. Se ha acostumbrado a imaginar el amor unido eternamente a la juventud y lo peor del caso es que puede que tenga razón. Pero, en fin, a lo hecho, pecho. He escrito un drama en el que he puesto lo mejor de mí mismo y espero que ustedes, con su exquisito arte, procurarán hacer perdonar sus deficiencias.

Faltaba todavía escoger la dama joven que habría de repre-

sentar a la heroína. Galloway pronunció el nombre de una actriz muy estimable que Steven conocía muy bien.

—¡Genoveva Lang! ¿Dice usted que Genoveva Lang tiene mucho interés en interpretar este papel? Es una actriz excelente — aceptó Steven.

Siguieron los artistas y el escritor quedó solo con su secretaria. Era la hora del té. Steven, que vivía en el último piso de un rascacielos newyorkino, propuso ir a tomarlo a la terraza. Linda Brown, la joven secretaria que desde hacía tres años estaba al servicio del escritor, aceptó muy contenta. Mientras el criado preparaba el servicio, Steven sugirió la idea de repasar las páginas de amor de la comedia. Los reparos que había puesto Galloway, el único de los tres artistas a quien concedía un poco de talento, le tenían un poco preocupado.

Comediógrafo y secretaria se sentaron uno junto al otro, con sendas copias del drama, y empezaron a leer la primera escena amorosa entre el cincuentón y la muchacha enamorada.

—«No lo dudes, contigo seré feliz» — leyó Linda, poniendo un extraño acento en sus palabras.

—«Tú me darás tu juventud, yo te daré mi vida» — dijeron los labios de Steven, repitiendo la frase que había puesto en boca del protagonista de la obra.

Se interrumpió, y mirando a Linda por encima de los lentes que se había colocado para leer, le preguntó un tanto escamado:

—¿No será, ¿cómo diré; no será un poco ridículo en un hombre de mi edad...?

Los azules ojos de Linda le miraron con una expresión dulcísima.

—No, no; al contrario. Son unas palabras hermosas, muy hermosas. A cualquier mujer le gustaría oírlas.

Flogdell, el ayuda de cámara de Steven, vino a interrumpir el ensayo para anunciar la visita de la dama joven, aquella Genoveva Lang de quien le había hablado un momento antes el actor de carácter.

—Hágala pasar enseguida — ordenó Steven.

Linda se retiró discretamente para que Steven pudiera atender a Genoveva, la joven actriz que iba a encargarse del difícil papel de protagonista del último drama de Steven.

Genoveva era una mujer «estrepitosamente» bonita. Poseía una belleza picaresca, al servicio de una auténtica juventud y un mediano talento de actriz. Tenía unos ojos magníficos y expresivos, una nariz adorablemente respingona, una boca perfecta, una dentadura maravillosa, y una sonrisa irresistible. Era rubia de oxígeno, y vestía con un lujo y una originalidad que no

siempre resultaban elegantes. Steven la conocía ¡ya lo creo que la conocía!, como que había tenido con ella una aventurilla sentimental que todavía recordaba con deleite.

Antes de dejarla entrar, el escritor, que tenía una confianza ilimitada en Flogdell y lo consideraba algo así como su asesor artístico, le preguntó:

—¿Crees que servirá para el papel?

—¡Ya lo creo, señor! — repuso el interrogado. —Tiene unción, técnica, dicción y un encanto, un encanto especial. En fin, el señor la conoce mejor que yo...

—Si es así, que pase — ordenó Steven.

Y entró Genoveva. Tan elegante, tan bonita y tan picaresca como siempre. Los cuatro años transcurridos desde que se vieran por primera vez no habían hecho otra cosa que realzar su belleza. Steven, que en aquel lapso de tiempo había contraído reuma y había visto platear un poco más sus sienes, hubo de reconocerlo con amargura. «Ah, juventud, juventud, divino tesoro!», que dijo el poeta.

—¡Genoveva! — exclamó Steven, sinceramente admirado al verla, avanzando a su encuentro.

—Hola, Steven — repuso ella, tendiéndole una mano que el escritor besó efusivamente.

Se quedaron mirándose unos instantes y por fin los dos se echaron a reír.

—A quién quierés tú más? — inquirió Steven recordando épocas pretéritas en las que aquella simple pregunta iba casi siempre acompañada de un beso.

—A tí, granuja, a tí te quise más que a nadie... hace cuatro años.

—¿Y ahora? Ten cuidado con lo que me contestes. Tú sabes que soy extremadamente sensible.

—¿Ahora? ¿Todavía tienes la desfachatez de preguntármelo? Han transcurrido cuatro años desde que nos vimos por última vez y es un período demasiado largo para que yo pueda seguir alimentando el fuego del amor en mi pecho, pero la infamia que me hiciste no tiene perdón de Dios. Lo que yo lloré esperándote inútilmente para tomar el vapor que debía conducirnos a Europa! Y tú sin aparecer, sin tomarte ni siquiera la molestia de justificarte.

Era la primera vez, desde aquella «hazaña» de Steven, que el escritor y la actriz volvían a verse. Otra mujer más temperamental, a pesar del tiempo transcurrido, le habría hecho una escena violenta, pero Genoveva era una consumada actriz de comedia. El drama «no le iba», no era para su temperamento. No pudo por lo tanto darle un tinte trágico a aquél su primer

encuentro con Steven después de lo ocurrido. En su día había escrito una carta llenándole de improperios — carta que por cierto no llegó a echar al correo — pero pronto había olvidado y perdonado a aquel perillán que solo tenía un defecto. El de ser demasiado veleidoso con las mujeres.

Steven se creyó obligado a disculparse ante ella, explicándole el «grave» motivo que le impidió acompañarla en aquel viaje a Europa, dejándola plantada a bordo del barco que debía trasladarles al Viejo Continente.

—Mi intención era ir contigo pero, ¿sabes lo que me ocurrió en el último momento? Estaba haciendo las maletas cuando de repente sentí que me invadía una de aquellas ráfagas de inspiración a las que debo mis mejores obras. Empecé a contemplar el espacio como un muchacho enamorado, y de allí descendió una idea genial, que me apresuré a verter en las cuartillas convertida en una comedia. Aquella idea — puedes creerlo — fué la que me impidió tomar el vapor.

Genoveva se echó a reir. ¿Quién era capaz de tomarse en serio aquel hombre tan simpático? Sin embargo, no quiso renunciar a tomarse una pequeña venganza y mirandole con sorna a través de sus larguísima pestañas, le dijo:

—Eres un hombre muy inteligente para crear mujeres de teatro, pero no lo eres en absoluto para tratarlas en la vida real. Me convencí de ello cuando ya era demasiado tarde y te habías burlado cruelmente de mí. Pero eras tan atractivo entonces...

—¿Eras?

—Sí, eras. Hace cuatro años tenía yo veintidós y tú...

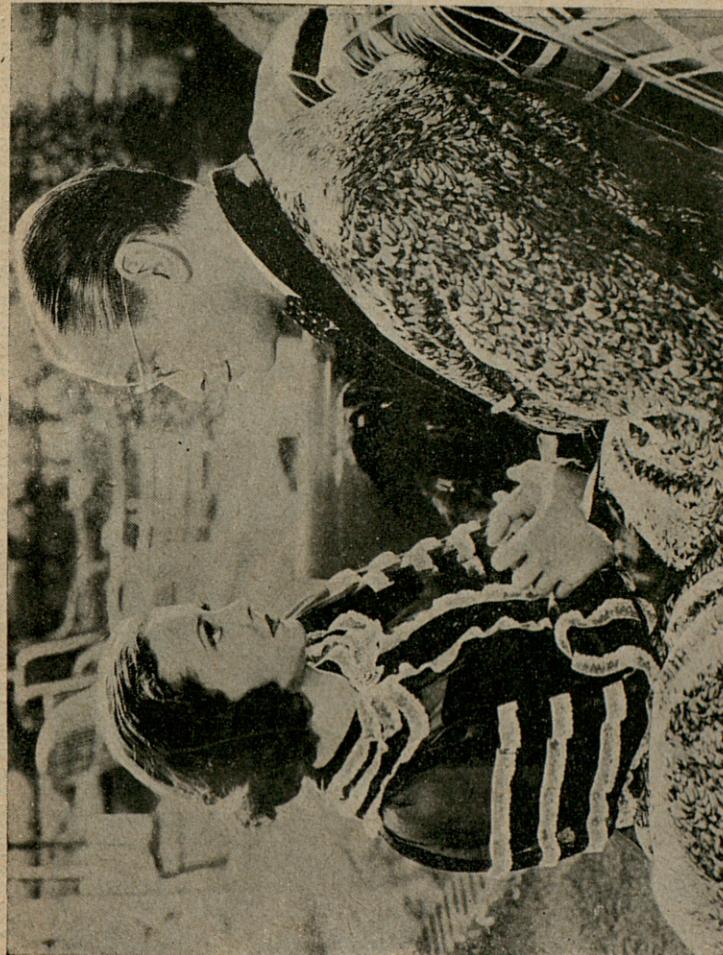
—Sí, yo tenía unos cuantos más.

—Me dijiste que cuarenta y tres.

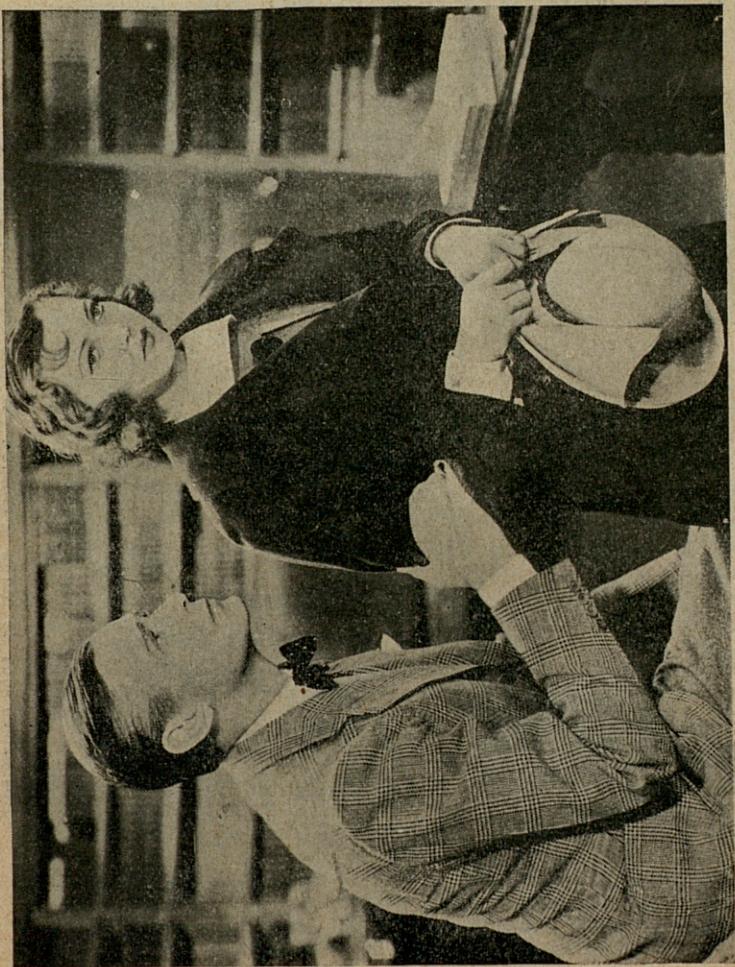
—Cuarenta y cuatro — rectificó Steven. —Suma a estos cuarenta y cuatro los cuatro más que acaban de pasar y tendrás la cuenta exacta. Comprendo que un hombre de cuarenta y ocho años resulte, ¿cómo diré?, resulte repugnante para una mujer de tu edad...

—Oh, no, no! — protestó Genoveva con énfasis. —Tú no serás nunca repugnante. Claro que a los cuarenta y ocho no se pueden tener pretensiones.

Hablaban con tono festivo e irónico. Tal vez hubiera un poco de malevolencia en las palabras de Genoveva, pero no mucha. No era mujer capaz de herir en lo hondo a un hombre al que a fin de cuentas había querido sinceramente, aunque luego se hubiera consolado con suma facilidad. No había ido allí dispuesta a vengarse, sino a decirle a Steven que había renunciado al papel de dama joven del drama. El escritor se mostró



Los azules ojos de Linda le miraron con una expresión dulcísima.



... y sólo cuando vió que ella hacia ademán de marcharse, la retuvo dulcemente por un brazo...

contrariado. Le habría encantado ver a Genoveva encarnando el papel de protagonista.

—¿Por qué no quieres trabajar en mi obra? ¿Es que no te inspira confianza?

—Nada de esto. Tengo la seguridad de que será un triunfo, como siempre, pero es que no quiero quedarme en Nueva York. Pienso marcharme.

—A dónde?

—A cualquier parte. Samoa, Italia, el Niágara...

—¿Has estado en Finlandia? —inquirió entonces Steven, como habría podido preguntarle: ¿Has estado en el Congo?

—No.

—Yo tampoco. Dicen que es un país maravilloso, lleno de ojos azules, árboles verdes y flores amarillas.

—Y extranjeros —repuso Genoveva siguiendo la broma.

Los ojos de Steven chispearon de malicia. Cada vez que en el fondo de sus pupilas se encendía aquella llamita, era indicio seguro de que iba a ocurrir algo grave. Fué tal vez por eso que su gentil visitante le oyó decir de pronto con el tono más natural del mundo, al mismo tiempo que cogiendo entre las suyas una de las manitas blancas y perfumadas de la actriz, se la llevaba a sus labios.

—¿Por qué no nos vamos a Finlandia?

—¿Qué estás diciendo?

—Te propongo un viaje a Finlandia, tú y yo juntitos...

—¿Y tu drama? —inquirió Genoveva, que no acababa de tomarse en serio las insinuaciones de su amigo.

—Mi drama? ¡Lo detesto! ¡Al diablo mi drama! No hay estreno. ¡Oh, Genoveva, tú no sabes el bien que me has hecho viniendo a verme. Me has traído el recuerdo de un pasado delicioso. Déjame que olvide mis 48 años que tú tan cruelmente acabas de recordarme; déjame que me olvide también de mi condición de genio, de mi arte, de todo, para no pensar más que en vivir, vivir un poco...

Un minuto después, Genoveva, convencida de que Steven hablaba en serio, había empezado a claudicar, olvidándose lamentablemente del plantón que le diera cuatro años antes. Un cuarto de hora más tarde se había rendido la fortaleza sin condición alguna y la rubia y gentilísima actriz estaba dispuesta a acompañar a su amigo al Congo si éste se lo hubiera insinuado. Irían pues a Finlandia, saldrían aquel mismo día; el drama dejaría de estrenarse, y cuando regresaran del viaje, Genoveva interpretaría el papel de la primera dama.

—No irás a dejarme plantada como la otra vez —insinuó Genoveva, que tenía sobraditas razones para no fijarse demasiado en la palabra de Steven.

—No, no. Aquello ya pasó. Ya te he dicho el motivo. De aquel descuido salió una obra genial, pero ahora no va a suceder lo mismo. Mis musas están de vacaciones y no van a soplarme precisamente en el momento en que esté haciendo las maletas para ir a Finlandia...

—Yo misma compraré los pasajes — propuso la actriz. —¿Qué hora es? A las once sale un barco.

La respuesta se la dió Linda Brown acudiendo al encuentro de Steven con una cajita de medicamento y un vaso de agua.

—La píldora de las cinco — dijo, dirigiéndose al escritor.

Era la llamada a la realidad. El hombre cincuentón y reumático que había tras del galán maduro, necesitaba que le recordasen sus achaques, pero Steven no estaba en aquel momento dispuesto a escuchar la voz de la sensatez ni atender otra razón que la de su capricho. Quería ir a Finlandia con la gentil y despreocupada Genoveva, y nada ni nadie le habría hecho retroceder. Como primer gesto de rebeldía cogió el medicamento y lo tiró al cesto de los papeles, al mismo tiempo que le guiñaba el ojo a Genoveva, que se reía con toda su alma.

Se despidieron con un beso. Salio la actriz y Steven volvió a quedarse solo con Linda Brown. Le dijo que iba a Finlandia, que no estrenaba la obra, que se había vuelto loco de repente y que iba a dictarle una carta para Benham, el empresario que se había comprometido a poner en escena el nuevo drama de Steven. Linda cogió el carnet de taquigrafía y se dispuso a escribir:

—«Querido Bill: Cuando recibas esta carta estaré camino de Finlandia. No hay drama, ahorrarás dolores de cabeza y dinero. Tengo el presentimiento de que habría de ser un fracaso. No te enojes conmigo y perdóname la trastada en gracia a la buena amistad que nos ha unido siempre...

Hubo una corta pausa. Linda Brown, inclinada sobre el carnet de notas, terminó de tomar la carta. Luego, mirando a Steven con expresión indiferente, inquirió

—¿Algo más?

—Sí. Ponga un anuncio en el periódico diciendo que se alquila este piso. En cuanto a la carta de Benham, he cambiado de opinión. Le mandaré un radiograma desde el buque. ¡Habrá que oírle cuando lo reciba!

Otra pausa que Linda empleó en redactar el anuncio ordenado. Luego el escritor que se había sentado en un sillón, frente a la secretaria, le dijo con aire un poco embarazado.

—Y usted, Linda, queda despedida por el momento. Lo siento en el alma, porque ha sido una secretaria ideal, pero no

sé cuando volveré a Nueva York. Quisiera premiar su labor admirable de estos tres años haciéndole algún regalo, un pequeño obsequio.

—Oh, no no; gracias — rechazó Linda haciendo un mohín de disgusto.

—Lo digo en serio. Un coche, un viaje a Europa... un «trousseau»... ¿Tiene usted novio?

—No — repuso Linda, secamente.

—¿Una chica tan bonita como usted? ¿Qué hacen los hombres de Nueva York? Sería usted una esposa ideal, estoy convencido de ello. En fin, extiéndase usted misma un cheque por seis meses de salario. Cómprese lo que quiera, viaje con su mamá.

—No tengo mamá...

—Entonces invite a una amiga. Puede ver grandes cosas sin moverse de América. Podría ir a la Habana. Es una maravilla, se lo aseguro...

Se interrumpió al ver que Linda acababa de extenderse el cheque y se lo colocaba ante sus narices diciéndole:

—Firme esto.

—¿Qué veo? ¿Un cheque por veintiocho dólares?

—Sí, señor. Cuatro días del mes en curso, a razón de cuarenta dólares semanales y un dólar por el porte de un paquete.

—No, esto no puedo admitirlo. Debo indemnizarla por el perjuicio que le causó despidiéndola sin previo aviso.

—No necesito indemnización alguna. Lo encontrará todo en orden. Los lápices afilados, la máquina tapada. Me debe veintiocho dólares.

—Le debo mucho más que esto, mi querida señorita Brown — arguyó Steven, molesto por la actitud de su secretaria. —Tiene derecho por lo menos a dos semanas de sueldo.

—¿Quiere usted firmar el cheque? — inquirió Linda, nerviosa, cogiendo su sombrero y disponiéndose a marcharse.

—No quiero firmarlo. Le repito que es muy poco. Soy todavía su jefe y debe obedecerme.

—¿Mi jefe? — dijo entonces Linda acercándose a Steven y mirándole de un modo extraño. —¿Mi jefe? — repitió con énfasis. No lo es ni lo ha sido nunca. —¿Quiere usted saber lo que ha sido para mí durante este tiempo? Voy a decírselo. Si, antes de irme quiero decirle que estos tres años últimos han sido los más dolorosamente felices de mi vida. —Lo oye usted? ¡Los más dolorosamente felices! Lo que yo he gozado y he sufrido en este lapso de tiempo no puede explicarse con palabras. Me ha dado usted más infinitamente más de lo que haya podido dar a mujer alguna, a sus amigos, a su público. La

intimidad de sus horas de trabajo, su cordialidad inalterable, su bondad que pocos conocen. No olvidaré nunca una palabra o una mirada de usted. Todos los instantes transcurridos junto a usted han adquirido valor de recuerdo. ¡Oh, sí, sí! Usted me abrió los ojos, el entendimiento, el corazón, sin tocarme, sin hacerme el amor como ha hecho a tantas otras mujeres. Ha conseguido que le quiera perdidamente, como no he querido a nadie en mi vida... pero si cree que voy a salir ahora de aquí dándome por satisfecha con una palabra amable o con un regalo, está usted equivocado. Saldré de aquí con el deseo de matarle, de vengarme por todo el mal... y e bien que me ha hecho. Y ahora que le he dicho cuanto tenía que decirle, adiós para siempre. Que sea usted feliz y olvide, si puede, las palabras que acabo de pronunciar.

Esto dijo Linda con rapidez casi vertiginosa, como si tuviera mucha prisa en revelar aquel dulce secreto que le quemaba los labios. Habló con acento reconcentrado, mirando fijamente a Steven con aquellos sus ojos grandes y brillantes. Por un momento pareció que iba a estallar en sollozos, que el llanto tanto tiempo contenido iba a desbordarse en un torrente de lágrimas, pero no fué así. Gracias a un admirable esfuerzo de voluntad logró contenerse y cuando terminó de hablar estaba completamente serena.

Steven le había estado escuchando primero con asombro, luego con interés, más tarde con estupor, finalmente con deleite. No dijo ni hizo nada para interrumpirla. La dejó hablar, la dejó que llegara hasta el fondo de su dolorosa confesión, y sólo cuando vió que ella hacía ademán de marcharse la retuvo dulcemente por un brazo y acercando su rostro al de ella murmuró con acento comovido.

—Linda, Linda, déjeme que la mire. Es usted extraña, arrebatadora, sublime. Me parece verla por primera vez. ¡Ah, por qué será usted tan joven, tan adorablemente joven!

No la dejó marchar; la obligó a sentarse y Linda obedeció como sugestionada. Le hizo algunas preguntas a las cuales repuso ella casi inconscientemente y luego con aquella voz grave y persuasiva, que era su mayor encanto, murmuró como hablando consigo mismo.

—Era inevitable. Una muchacha joven, inexperta, que acaba de salir del colegio. Viene aquí, el ambiente, Broadway, literatura, personalidades y... yo, que no soy nadie, pero que a sus ojos forzosamente tenía que adquirir un prestigio extraordinario. Es usted joven, hermosa, la vida le sonríe. Linda, escuche las palabras de un hombre que puede ser su padre. Pronto olvidará esto que ahora le parece eterno. En el mundo hay mu-

chos, muchos jóvenes atractivos, que valen infinitamente más que yo. Necesita usted un hombre sensible, bueno, inteligente, que la quiera como usted merece. Imagínese por un instante que yo pudiera corresponder a su cariño... y tendrá una situación parecida a la de mi drama...

Se dió una palmada en la frente y...

—¡Ya está! — dijo de pronto cambiando la expresión de su rostro. ¡Es usted admirable, Linda! ¿Cómo podrá pagárselo? Ha salvado mi obra. Sí, había algo en ella que no me gustaba. La escena de amor entre los dos protagonistas. No será el cincuentón el que le haga el amor a la muchacha, sino la muchacha a él. Y será con las mismas palabras que acaba usted de pronunciar.

Aquella crueldad inconsciente del artista, hirió profundamente a Linda. Intentó protestar, pero sin darse cuenta, obedeciendo a la rutina, había ya cogido el cuaderno de taquigrafía y se disponía a escribir lo que Steven le dictase.

—Escriba tan fielmente como pueda lo que acaba de decirme. Linda, hágalo usted por mí, por su amor, por el arte. No me mire con estos ojos de reproche, porque...

En aquel momento entró Flogdell para anunciar que la señorita Genoveva le llamaba por teléfono. Steven se volvió furioso contra el criado.

—Dígale que no estoy, que no voy a Finlandia. Me ha atropellado un auto.

Salieron el criado, dispuesto a obedecer a su señor, aunque tuviera que oírse algunas lindezas por teléfono y Steven volvió a encararse con su secretaria.

—Ahora, lo único que nos falta, es dar con la actriz capaz de encarnar a la protagonista de mi drama.

Se dió otra palmada en la frente, signo inequívoco de que acababa de ocurrírsele otra idea genial, y...

—¡Ya la tengo! — gritó jubiloso. —Se necesita una mujer equilibrada, inteligente, sensible... ¡Usted, usted misma!

—Pero si yo no soy actriz — arguyó Linda.

—No importa, no importa...

Linda tiró el cuaderno de notas, se levantó y encarándose con Steven gritó más que dijo:

—¡Me voy, me voy, me voy! Usted está loco y acabaría por trastornarme el juicio...

Pero no se fué. Permaneció allí escuchando embobada a aquel hombre extraordinario al que había empezado a querer desde el momento en que le vió por vez primera.

CAPITULO II

La obra «Viejo Amor» se sostuvo seis meses en los carteles de Broadway. No era ciertamente una cifra récord en un lugar donde las piezas teatrales solían representarse tres o cuatro temporadas. En efecto, «Viejo Amor» había estado muy lejos de constituir un éxito y sólo el gran prestigio de su autor había podido salvarlo del fracaso. El público no había entrado en la psicología de los personajes. No había aceptado el amor otorgado y mucho menos que se hubiese pretendido hacer de aquello un drama en lugar de una comedia frívola.

Linda Brown se había revelado como una actriz genial. Había «vivido» su propio conflicto sentimental a través del drama de la protagonista, y su interpretación había resultado magnífica. Los demás actores habían cumplido también como buenos. No podía por lo tanto achacarse a los intérpretes el fracaso de la obra. Steven, que era un gran humorista, había tenido la ocurrencia de invitarles a una «cena de desagravio» la noche de la última representación.

Era por este motivo que se hallaban reunidos en torno a la misma mesa de uno de los restaurantes más elegantes y frívolos de Broadway, el autor de la obra y sus intérpretes, dispuestos a celebrar lo más alegramente posible el encubierto fracaso de «Viejo Amor».

A la hora del brindis todos hicieron derroche de buen humor. Steven, que poseía un fino sentido de la ironía, dedicó una frase amable a cada uno de los intérpretes, hablando en sentido humorístico, llamando muy finamente a la señora Daring «decana del teatro americano», que era tanto como llamarle respetable anciana, achacándoles siempre en tono de broma el fracaso de la obra, siendo contestado en el mismo sentido por los artistas acostumbrados a sus genialidades, excepto por el joven e inexperto Dickie, el galán, que no sabía si tomarse en serio o en broma todo aquello que estaban diciendo «las personas mayores».

Linda, que no podía faltar al banquete, permanecía silenciosa. Sólo cuando Dickie, cansado de oír hablar en aquella forma incomprendible a sus compañeros de teatro la invitó a bailar, abrió los labios para decirle:

—Se siente desconcertado, ¿no es cierto? Es que no les conoce todavía. En el fondo, les duele el fracaso, como nos duele a nosotros, aunque no queremos reconocerlo. Se burlan un poco de sí mismos.

—Me alegro de que haya usted aceptado mi invitación. Debe apartarle de ellos. ¡Es usted tan distinta! Esta gente,

empezando por Steven, no se toma la vida en serio, en cambio usted... — insinuó Dickie.

—¡Bah! Yo soy igual que ellos, un poco más joven, pero...

—No, no; usted es diferente. Ha interpretado la obra a maravilla, pero no es usted una actriz como las demás. No sé por qué me la figuro en el hogar, casada y con hijos. Su sitio no es las tablas. Es usted la mujer ideal que sueña un hombre para compañera de su vida.

Aquello era una declaración en toda regla. Linda intentó atajarla, pero era ya demasiado tarda. Dickie continuó con tono cada vez más apasionado.

—Linda, cuando estábamos en escena me daba cuenta de que aquél no era su sitio. No me era difícil hacerle el amor, porque no hacia otra cosa que reflejar mis verdaderos sentimientos. Linda, yo la quiero, la quiero con toda mi alma...

La besó, sin que Linda pudiera evitarlo. La joven, molesta por el atrevimiento pero sin querer mostrarse demasiado ofendida para no llamar la atención de las parejas que bailaban a su alrededor, le dijo con tono apremiante:

—Regresemos a la mesa!

Dickie obedeció. Condujo a la joven al lado de sus compañeros, pero no tomó asiento junto a ellos. Al ver que se disponía a marcharse, Steven le preguntó:

—¿Adónde va usted?

—Voy a emborracharme — repuso Dickie, malhumorado.

—Está bien, pero antes l'impiense los labios — advirtió, aludiendo al colorete que había quedado estampado en ellos al besar la boca maquillada de Linda.

Aquel detalle tuvo la virtud de inquietar a Steven Gaye, el empedernido Don Juan, el cinico y excéptico amador que presumía de no haberse tomado nunca en serio aquel diosescillo alado que entiende por nombre de Cupido. Un cambio profundo se había operado en aquel hombre que aparentemente seguía siendo el mismo de siempre. Las palabras que en un momento de arrebato pronunciara Linda aquella noche inolvidable, habían quedado grabadas en su alma. Después de aquella revelación, nada, absolutamente nada, había ocurrido entre ambos. Geneva se había ido sola a Finlandia y Steven había permanecido en Nueva York, dedicado a la improba tarea de convertir en una actriz a su ex secretaria. Semanas y semanas de ensayos, trabajo duro y difícil, horas de angustia y desaliento, y luego, el estreno, el éxito de la actriz y el fracaso de la obra. Ni Linda ni Steven habían vuelto a hablar de «aquello», pero poco a poco se había ido estableciendo entre ellos una dulce intimidad. Iban juntos a todas partes, Steven la colmaba de atenciones, de

regalos, Linda se dejaba cortejar por otros hombres, sonriente y amable, pero seguía mirando a Steven con aquella mirada inefable que tantas cosas dulces y recónditas quería significar.

Pero el artista empezaba a darse cuenta de que un hombre joven, tan joven como ella, se había interpuesto entre él y aquella mujer que una noche le había revelado su amor en un tropel de palabras mil veces más hermosas que todas las que él había escrito en su vida y empezaba a inquietarse. ¿Acaso estaba él también enamorado de Linda Brown? ¡Ah! Ni el mismo habría podido decírselo. No sabía a ciencia cierta qué clase de sentimiento le ligaba a aquella adorable joven de veinte primaveras que por él se había convertido en una actriz y que estaba dispuesta a seguirle hasta el fin del mundo con tal de tenerlo a su lado, pero es lo cierto que al regresar aquella noche a su casa después de la cena del restaurant recordaba con inquietud, casi con rabia, la huella de los labios femeninos sobre la boca de Dickie. Casi inconscientemente había cogido el teléfono y marcado el número del apartamento que ocupaba la actriz en una de las casas más suntuosas de la Quinta Avenida. La voz de Linda le contestó a través del hilo telefónico.

—¡Allá Steven! ¿Cómo estás? ¿Qué deseas?

—Deseo verte si es posible. ¿Podríamos salir juntos esta noche?

—¡Claro que sí! — repuso Linda, siempre dispuesta a aceptar una invitación que partiese de Steven. Pero no podrá ser antes de una hora. Tengo que tomar una ducha y vestirme.

—Está bien. Dentro de una hora pasare a buscarte.

Entretanto Dickie había decidido ahogar las penas con el alcohol y lo había logrado cumplidamente. Borracho como una cuba, había discurrido lo bastante para encontrar la casa que habitaba Linda; había ascendido al piso que ella ocupaba, había llamado a la puerta, y como la joven, que en el aquel momento se hallaba bajo la ducha, no había oído el timbrado, había entrado de rondón en la casa. A través de la niebla que la borrachera ponía ante sus ojos, había acertado a ver una cama, una espléndida cama baja, ancha, que debía ser tan blanda, tan blanda...

Un instante después, Dickie se había tendido en ella y se había quedado profundamente dormido, sin importarle un pingo lo que su gentil dueña pudiera decir cuando apareciera por el cuarto y viera aquel nocturno allanamiento de morada perpetrado por su compañero de escena.

Había transcurrido una hora en punto desde que Steven llamara a Linda. Puntual como un inglés, el escritor acababa de llegar frente mismo a la puerta del apartamento de la joven

actriz. Llamó discretamente con los nudillos. Nadie le contestó. Linda se hallaba todavía bajo la ducha, saboreando el deleite de sentir su piel acariciada por el agua fría. Cansado de llamar inútilmente, entró en la habitación. Llamó insistente.

—¡Linda, Linda!

Le contestó una voz cavernosa repitiendo el nombre de la joven. Era la voz de Dickie que soñaba con ella y pronunciaba el nombre adorado.

El estupor de Steven al ver a Dickie tendido en la cama de Linda debió ser muy grande, pero ni uno sólo de los músculos de su rostro se contrajo. Lo que pensó o creyó o se imaginó sólo él habría podido decirlo. No llamó a Linda que seguía en el cuarto de baño y que no se había enterado de nada; se limitó a sacar una tarjetita, escribir en ella unas palabras, depositarla sobre el pecho de Dickie y marcharse tan discretamente como había entrado.

Cuando Linda, envuelta en un albornoz, salió del baño, dispuesta a vestirse precipitadamente a fin de no hacer esperar demasiado a Steven cuando éste viniera a buscarla, se encontró con la doble sorpresa de ver su lecho ocupado por Dickie y la tarjetita escrita de puño y letra de Steven que decía estas lácricas palabras: «He llegado demasiado temprano.»

CAPITULO III

Al día siguiente, Flogdell, que aprovechando la ausencia de su amo estaba hablando por teléfono con su novia — también él tenía su coroncito — se vió sorprendido por la entrada precipitada de Linda Brown, quien, sin encornerarse a nadie empezó a recorrer el piso, recogiendo los retratos que en número incalculable adornaban las habitaciones y dando muestras inequívocas de estar muy enojada, pero muy enojada con su p'caro amo. El criado, que estaba en el secreto de lo ocurrido la noche antes, se prestó de buen grado al interrogatorio a que le sometió Linda mientras iba amontonando sus retratos con el avieso propósito de llevárselos. Le dijo que Steven había regresado a casa muy triste, que se había estado paseando como un loco arriba y abajo del cuarto, que parecía muy preocupado y que hablaba solo, signo evidente de una gran inquietud. Pero Linda no estaba dispuesta a creer ninguna de aquellas palabras. Se había convencido de que Steven era un monstruo, un hombre cínico, cruel, malo, malísimo; ¡sí, señor! y ella, que no quería verlo más, había venido allí con el único objeto de llevarse sus retratos y aquella hermosa pantalla que lucía una

lámpara del cuarto, que había sido pintada por ella misma y que cuando se la regaló a Steven tuvo la desfachatez de decirle que no le gustaba nada.

Flogdell estaba disgustadísimo. Las maniobras de Linda le tenían desconcertado e inquieto. Si la joven se salía con la suya y se llevaba sus retratos, Steven era capaz de matarlo al regresar a casa y ver que habían desaparecido las efigies de su gentil ex secretaria. Intentó impedir la salida de Linda, esta protestó, protestó aún más Flogdell; la joven empezó a chillar, Flogdell chilló aún más y en medio de aquel galimatías llegó Steven, tan elegante, tan atildado y tan irresistiblemente seductor como siempre. Linda, al verlo, quiso matarlo, pero se contentó con llenarlo de improperios. Steven, sin descomponerse, le dijo, aludiendo a su actitud la noche pasada:

—¿Qué esperabas que hiciese? ¿Que entrara en el baño para someterte a un interrogatorio? ¡Menudo escándalo habrías armado!

—Habrías podido esperar a que saliese y te diera explicaciones en lugar de dejarme aquella nota insultante.

—¿Me habrías dado explicaciones?

—Claro! No tenía ningún motivo para no dártelas.

—Entonces, ¿estás resentida conmigo — inquirió Steven con aire inocente.

—¡No, claro, no estoy resentida! Estoy muerta de risa...

—Linda, te ruego.

—Estoy desesperada, Steven. Ahora hablo en serio. Positivamente desesperada. Has perdido la fe en mí y esto me duele en el alma.

—Te equivocas, Linda. Tengo toda la fe del mundo puesta en ti, pero conozco demasiado a las mujeres. Podrías ser un ángel caído del cielo, pero eres tan joven y Dickie también. Todas las noches, durante seis largos meses, te ha estado acariciando, besando en escena, pronunciando palabras de amor escritas por mí. Ayer, en el restaurant, cuando vi el «rouge» en los labios de Dickie, comprendí que algo había pasado entre vosotros dos. Si telefoneé tantas veces, si fui a tu casa, fué...

Se interrumpió. No quería pronunciar la palabra definitiva, aquella palabra que ella estaba deseando oír de sus labios y que la ataría irremisiblemente a aquella mujer tan joven, tan adorablymente joven. Hizo una corta pausa y luego continuó con voz grave:

—Un día descubrirás que te debes a la juventud y entonces comprenderás mi actitud de ahora.

—Steven — exclamó Linda con arranque, acercándose a él y envolviéndole en una mirada que era todo un poema. —Por qué no nos casamos?

—Ah, si yo tuviera veinte años menos, quince tan sólo...! No, Linda, no. Ya te lo he dicho antes. Te debes a la juventud, que es algo grande y magnífico, para la cual no hay sustituto en el mundo. Cuando esto descubras, no quiero que estés atada a mí.

—Te odio! — gritó la joven con rabia. —Por qué no tendrás noventa y nueve años?

Aquel mismo día Dickie fué a ver a Linda para pedirle humildemente perdón por lo que había sucedido la noche antes. Le dijo que no iba a Chicago con la Compañía y que había renunciado definitivamente a seguir haciendo el galán de «Viejo Amor».

—Por tí lo hago, por tí. Para que no sigas mirándome con esos ojos con que me miras ahora. Huyo de tí porque te quiero tanto que a veces temo enloquecer.

No dijo más. Era suficiente. Linda quedó con la expresión del rostro atormentado del joven grabado en su retina. ¡No, no mentía Dickie! No estaba representando una comedia. La quería apasionadamente, locamente, con todo el impetu de su juventud, aquella juventud que tanto inquietaba a Steven...

Un cuarto de hora después Linda acudía a casa de Steven. Estaba extremadamente nerviosa, y ni ella misma comprendía lo que le pasaba. Instintivamente buscaba refugio al lado de Steven, segura de que él y sólo él podía protegerla, defenderla y quererla, como ella deseaba.

Antes de que el escritor hubiera podido manifestarle su extrañeza por la inesperada visita, ya ella le había dicho el motivo de su presencia allí.

—No me ha pasado nada, pero estaba sola y pensando en lo que me dijiste de la juventud. Estoy convencida de que todo esto son tonterías. Yo te quiero a tí, Steven, y sólo a tí. Por última vez te lo pido. Cásate conmigo, Steven. Si tú también mequieres, ¡cásate conmigo! No me humilles más obligándome a decirte por centésima vez que te quiero, te quiero, te quiero...

El rostro expresivo de Steven adquirió una expresión grave. Pareció reflexionar unos instantes, miró a Linda, que estaba sentada a sus pies, en actitud humilde, casi suplicante, la contempló unos instantes en silencio, y luego, cogiendo una de las manos de la joven, la llevó a sus labios besándola fervorosamente, al mismo tiempo que le decía:

—Sólo hay una respuesta a esto. Mañana iremos a Greenwich a casarnos.

—¡Steven!

—Sí, Linda. Nuestros amigos vendrán a cenar, pero no les diremos nada hasta el final. Invitaremos a Galloway, a su esposa, a la señora Darring y Dickie...

—¡Oh! Dickie no — arguyó Linda.

—¿Y por qué no Dickie?

—Porque no me gusta.

Steven no pareció darle importancia al capricho de Linda. Continuaron hablando, haciendo mil proyectos para el porvenir, que se anunciaba venturoso después de aquellos terribles seis meses de prueba. Steven se sentó al piano y empezó a tocar una escala, la de «do», luego la de «sol», luego tocó un arpegio.

Linda, que esperaba oír algo más sonoro, le dijo con ironía:

—No fué Beethoven el que compuso esto?

—No, pero para llegar a tocar a Beethoven es preciso practicar largo rato estos ejercicios... Volviendo a Dickie — siguió diciendo Steven mientras continuaba tocando. —Si escribiese un drama, un nuevo drama de amor, y tú y él tuviérais que interpretarlo, Dickie sería tu novio.

—¡No digas tonterías, Steven! — suplicó Linda haciendo un mohín de disgusto.

—Será tu novio — continuó él impertérrito. —Tiene tu misma edad. Un excelente motivo para que te hiciera el amor... y para que fuera a visitarte ayer...

Miró a Linda, cuyo rostro expresaba todo lo que puede expresar el rostro de una mujer a punto de tener un ataque de nervios, y dejando súbitamente de tocar las escalas, inició los primeros compases de una sonata.

CAPITULO IV

La suerte estaba echada. Steven Gaye, el irresistible cincuentón y Linda Brown, la bella actriz de veinte primaveras iban a unir sus destinos. Era imposible luchar contra aquel amor avasallador, juvenil y por lo tanto irresistible de Linda. La llama de su pasión había prendido en Steven. También él estaba enamorado, profundamente enamorado. Había intentado acallar los impulsos de su corazón, matar aquel sentimiento, ser consecuente consigo mismo y con la idea que se había formado de que el amor va unido irremisiblemente a la juventud y que es una locura apartarse de este camino. Linda había sido más fuerte que él y le había vencido en aquella terrible lucha que había estado sosteniendo por espacio de seis largos meses.

Ahora que la crisis había sido vencida, se sentía el hombre más feliz del mundo. Así se lo comunicó a su fiel Flogdell, quien a su vez le reveló su creciente amor por la camarera de la casa de enfrente, con la que estaba sosteniendo un idilio con-

tinuo por teléfono. A Steven le acometió de pronto un irresistible deseo de hacer una chiquillada y le preguntó a Flogdell, que acababa de hacerle su amorosa confidencia:

—Flogdell, ¿sabes bailar?

Y como el criado respondiera afirmativamente, lo enlazó por el talle y empezó a dar vueltas por el cuarto.

Bailando todavía les sorprendió Dickie, que venía a visitar a Steven. Se había enterado que todos sus compañeros cenaban aquella noche en casa del escritor y venía a pedirle que le invitara. Ignoraba lo que había pasado entre Linda y Steven, y precisamente porque quería verla a ella era por lo que deseaba acudir aquella noche allí. Steven lo dejó hablar, y poco a poco Dickie fué soltando la lengua y revelando todo lo que tenía dentro: Su amor por Linda, no correspondido por ella. Le dijo algo que Steven ignoraba, es decir, que había estado a verla la noche pasada y que le había vuelto a decirle que la quería, sin que ella quisiera creerle. Ahora venía precisamente a pedirle a Steven que le ayudara, que le orientara, en una palabra: que le trazara el camino que debería conducirle a la conquista de la mujer querida. ¡El era tan experto en estas cosas!

—Está bien — aceptó Steven, secretamente decidido a juzgarse la última carta. —Linda llegará a las seis en punto. Yo le dejo el campo libre. Ella lo encontrará aquí. Tendrá usted tiempo de decirle todas estas cosas que suelen decir los hombres enamorados. Si pregunta por mí, digale que he ido al río a inspirarme...

—¿Qué le diré, señor Steven, qué le diré — inquirió el pobre Dickie aterrado ante la idea de tener que enfrentarse de nuevo con aquellos ojos adorados.

—¡Hombre, tiene gracia! No pretenderá usted que le escriba una escena de amor...

—Sí, señor Steven; usted sabe mucho de esto.

—Está bien — aceptó Steven, resignado. —¿Qué le dijo usted anoche?

—Le dije, «te quiero tanto que temo enloquecer».

—Ahora no le dirá usted nada de esto. Esta vez será superior a sus emociones. Fingirá indiferencia. Le hablará del tiempo, de mil cosas sin importancia.

—Pero...

—¿Qué hay? ¿No le parece a usted bien? ¿Quién ha escrito diecinueve obras de amor, usted o yo?

Cinco minutos después Steven abandonaba su casa y Dickie, convenientemente asesorado, se disponía a poner en práctica las sabias advertencias del escritor.

Y llegó Linda. Iba vestida con un traje que era el prefe-

rido de Steven, y como Steven tenía muy buen gusto, no hay necesidad de decir que le sentaba maravillosamente. Estaba más hermosa que nunca, más irresistiblemente seductora de lo que Dickie pudiera imaginarse. El joven, al verla se quedó en éxtasis, mirándola embobado. Linda, en cambio, se puso furiosa.

—¿Por qué ha venido usted? ¿Quién le ha invitado? Váyase enseguida. No quiero saber nada de usted. No quiero verlo — fué su primer saludo.

—Me iré — dijo el pobre Dickie con el aire más abatido del mundo. —Me iré, pero antes quiero decirla...

—No quiero oír nada. ¡Váyase! ¡Oh! le aborrezco, no puedo verle, no quiero...

Pero Dickie no se fué. Se acercó a ella, la cogió entre sus brazos y con voz en la que había acento de amor y de odio, e dijo:

—¡Cállate!

—¡No quiero callarme! — repuso Linda cada vez más furiosa.

—Quiero que me escuches — siguió diciendo Dickie, cada vez más exaltado.

—¡Suéltame!

—No te soltaré. Tienes que oírme hasta el fin...

Se había olvidado completamente de las escépticas recomendaciones de Steven. Los ojos, aquellos ojos tan irresistiblemente seductores de Linda, tenían la culpa. Estaban tan cerca el uno del otro, que podía contemplarlos ahora a su gusto, recreándose en ello y tratando de llegar hasta el fondo de su mirada. ¡Ah, la quería con toda la fuerza de su juventud, con todo el ímpetu de su temperamento apasionado! No, no quería soltarla. Al contrario, la estrechaba más y más contra su corazón, como si quisiera que ella sintiera sus latidos apresurados.

—¡Te quiero! — murmuró casi a su oído.

—¡Loco! Suéltame — siguió diciendo Linda.

—¡Te quiero! — repitió él siempre con acento más apasionado.

Linda, furiosa, intentó desasirse de los brazos que la apresaban, pero Dickie era más fuerte. La seguía reteniendo, y repitiendo siempre: ¡Te quiero, te quiero! Cómo si tuviera la esperanza de llegar a conmover su corazón, aquel corazón que él ignoraba que ya pertenecía a otro hombre.

La besó sin que ella pudiera impedirlo. Estando así abrazados, se abrió sigilosamente la puerta del piso y entró Steven.

El escritor no se había alejado de la casa. Había salido con intención de ir a dar una vuelta mientras en su domicilio se estaba ventilando su felicidad, pero un sentimiento más fuerte

que su voluntad le había retenido allí, clavado en la acera de enfrente, esperando la llegada de Linda. La había visto entrar, había subido detrás de ella y decidido a jugarse el todo por el todo, a disputársela a aquél Dickie cuya juventud insolente intentaba interponerse entre él y el objeto de su amor, había entrado en el piso. Al ver a Linda en brazos de Dickie, creyó comprenderlo todo. Una amarga sonrisa asomó a sus labios. El hombre de mundo, excéptico y burlón, se impuso al enamorado. ¿Acaso no habría resultado ridículo a sus años una escena de celos? Linda, que había conseguido desasirse de los brazos de Dickie, le vió entrar sonriendo, saludarla con el aire más natural del mundo, y decir como excusándose por haber llegado en un momento inoportuno:

—Me había olvidado el bastón.

Cogida aquella prenda, saludó muy finamente y volvió a salir con el mismo sigilo con que había entrado. Ni una palabra de reproche, ni una pregunta, nada, absolutamente nada. Como aquella noche en que había encontrado a Dickie durmiendo a pierna suelta en el cuarto de Linda. Esta se volvió furiosa contra Dickie, y le preguntó:

—¿Sabía él que estabas aquí? ¡Oh, sí, sí! No necesitas decírmelo. ¡Lo leo en tu cara! ¡Te aborrezco, os aborrezco a los dos! Sois tal para cual.

CAPITULO V

Linda Brown no se casó con Steven Gaye. No volvió a verle desde aquella noche, ni hizo ningún esfuerzo para lograrlo. Presentía que todo sería inútil, que Steven no podría comprender, y aunque comprendiera le sería difícil olvidar, dadas sus escépticas toras. Además, también ella estaba profundamente resentida con él. Sabía por Dickie que el escritor se había prestado a facilitarle aquella última entrevista que acabó de modo tan inesperado, y no podía comprender el fondo de renunciamiento y amor que se ocultaba tras de aquella actitud que a ella le parecía de un cinismo incalificable. ¿Por qué Steven la había dejado sola con Dickie? ¿Por qué había querido someterla a aquella prueba después de haberse prometido en matrimonio? ¿Por qué había traído tanta inquietud a su espíritu hablándole de las exigencias de la juventud y del peligro que entrañaba querer sustraerse a ellas?

Si Steven y Linda hubieran vuelto a verse, tal vez el rumbo que tomaron los acontecimientos habría sido distinto. Probablemente habrían empezado por llenarse de reproches, diciéndose

unas cuantas lindezas para terminar haciendo las paces y casándose, después de haberse perdonado mutuamente. Pero el escritor no hizo nada, no dió ni un paso para ver a Linda, y ésta, demasiado orgullosa para humillarse una vez más, no hizo tampoco nada para verlo. En cambio Dickie, ¡oh! Dickie acudió a su casa una y otra vez, hablándole siempre de su amor, pintándole su sufrimiento con tonos cada vez más vivos, envolviéndole en una oleada de pasión y de ternura, y sucedió lo que tenía que suceder, de acuerdo con las teorías de Steven. Linda se contagió del amor de Dickie, se enamoró del joven, o creyó enamorarse, que para el caso era lo mismo... y se casaron. ¿Acaso no había dicho Steven que la juventud llamaba a la juventud y que nadie podía sustraerse a aquella ley universal? Pues allí estaban ambos para confirmar aquel juicio. ¿Qué clase de sentimientos impulsaron a Linda a contraer matrimonio con Dickie? ¡El alma de la mujer es a veces tan complicada!

CAPITULO VI

Linda dormía. Muéllamente acostada en la blanda cama de aquel suntuoso hotel de California, descansaba de las fatigas de un viaje precipitado de luna de miel que les había traído a aquel maravilloso rincón de mundo. Perezosa e indolente habría estado durmiendo hasta el mediodía si a aquel endiablado Dickie no se le hubiera ocurrido de pronto abrir el balcón de par en par para que entrase el sol a raudales, aquel sol vivísimo de California que fué a herir los ojos de Linda, haciéndola buscar refugio bajo la almohada. Dickie se acercó al lecho, obligó a su mujereita a sacar nuevamente la cabeza, y sacudiéndola para despertarla, le dijo:

—Anda, perezosa, levántate, que ya es hora.

—¿Qué pasa? Déjame tranquila, Dickie — suplicó Linda, que pretendía todavía dormir un poco más.

—Vamos al baño...

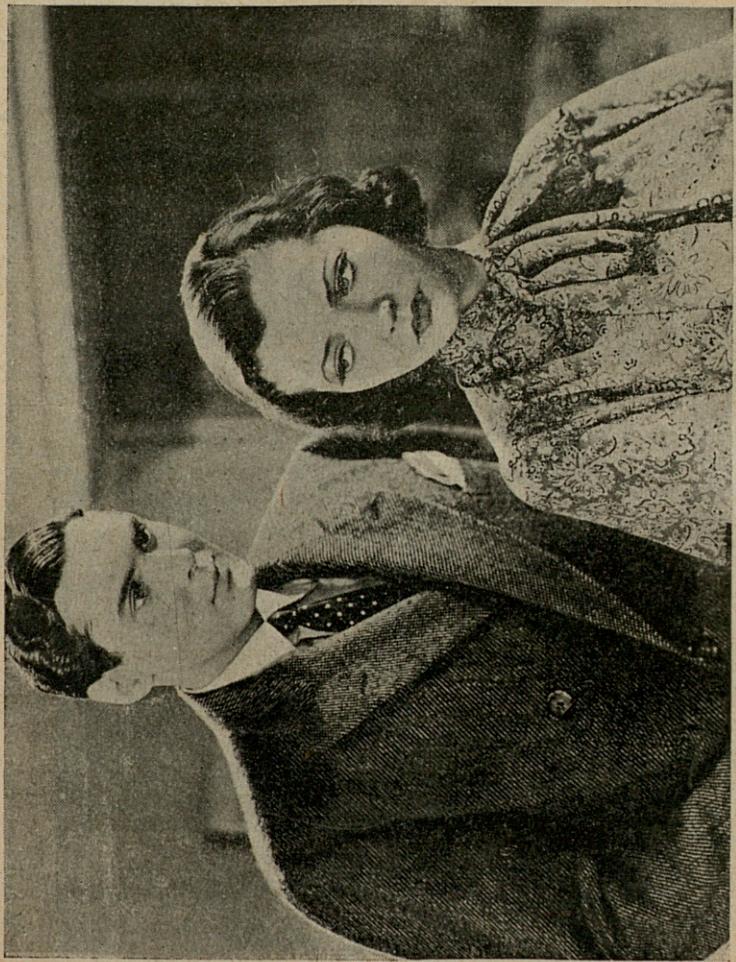
—Al baño en febrero? — inquirió Linda, haciendo un gesto friolento.

—Pero si estamos en California!

No hubo otro remedio que levantarse. Un cuarto de hora después Dickie se había sumergido en la piscina y se hallaba en sus glorias, a juzgar por los gritos que lanzaba invitando a su mujer a que se tirase al agua. Pero Linda no se decidía. El sol de aquella tierra no bastaba a caldear la fresca temperatura del mes de febrero. Temblaba bajo la leve envoltura del



Se hallaban reunidos entorno a la misma mesa de uno de los restaurants más elegantes ...



Dickie fué a ver a Linda para pedirle humildemente perdón por lo que había sucedido ...

traje de baño y el gesto de echarse al agua le parecía de una dificultad insuperable.

—¿Qué esperas?

—Espero a que llegue el verano — repuso Linda.

De un salto salió Dickie de la piscina, se acercó a su adorable mujercita y antes de que ella tuviera tiempo de apercibirse de sus intenciones, le dió un tremendo empujón, haciéndola caer al agua. No contento con esto, sin hacer caso de los chillidos de Linda al entrar en contacto con el líquido ¡y frío! elemento, la sumergió dos o tres veces, divirtiéndose el muy truhán en ver la cara de pánico que ponía ella cada vez que lo graba sacar la cabeza fuera del agua. De aquel primer contacto con las aficiones deportivas de su marido, Linda sacó una impresión bastante desagradable y un tremendo resfriado.

Pasaron unos días. Dickie seguía muy enamorado de Linda, pero estaban en California y bajo aquel clima encantador se imponía el deporte a toda costa. Natación, equitación, tennis, golf. La niñez de Linda había sido demasiado miserable para que pudiera aprender aquellos juegos reservados a las personas ricas, y los primeros años de su juventud los había visto transcurrir inclinada sobre el cuaderno de taquigrafía o haciendo correr sus ágiles dedos sobre el teclado de la máquina de escribir. Era, por lo tanto, una nulidad en lo que a deportes se refería. Dickie intentó inútilmente darle lecciones de tennis. No acertaba ni una. En cuanto al golf, aquello de ir metiendo la bola en un agujerito le parecía de un aburrimiento total. Dickie era un muchacho de buena familia. El culto al deporte había sido siempre su única preocupación. Por deporte precisamente se había dedicado al teatro, en el que había triunfado más que por su arte, por su juventud y su apuesta que le hacían insustituible para los papeles de galán americano.

En el hotel había hecho amistad con dos o tres matrimonios jóvenes, tan deportivos como él, que se habían convertido en los compañeros insustituibles de la joven pareja. Linda, que había deseado en un viaje de luna de miel muy distinto al que le estaba sometiendo su marido, empezaba a fatigarse de tanto golf, de tanto tennis, de tanta natación, y soñaba en todas aquellas cosas que habían constituido siempre su deleite. Un rato de buena música, una velada teatral, la lectura de un buen libro, un poco de intimidad con su marido, hablando de otras cosas que no fueran las eternamente vulgares que estaba oyendo a cada instante. ¿Pues no se habían reido en sus mismas narices aquella mañana cuando a la hora de almorzar ella había manifestado deseos de leer la última novela de éxito, mientras los demás se dedicaban a la fatigosa tarea de practi-

car todos los deportes conocidos? Su marido había sido el primero en burlarse, diciéndole irónicamente:

—¿Un libro en California? Linda, tú estás loca.

Loca? Tal vez estuviera en lo cierto. No lo estaba todavía, pero no tardaría en enloquecer si continuaba aquel género de vida emprendido. ¡Ah, cómo añoraba aquellas deliciosas veladas en casa de Steven, en la acogedora intimidad del estudio del artista, oyéndole tocar el piano — era un pianista consumado — o escuchándole arrobadamente mientras él, con su voz grave y persuasiva, que tanto gustaba a Linda, leía pausadamente un trozo escogido de algún libro famoso. ¡Qué lejos, qué tristemente lejos estaba todo aquello! Sí, California era un lugar paradisiaco, su marido un hombre encantador, joven, dinámico, deportivo, ¡demasiado deportivo! Aquella manía del deporte le estaba resultando insoportable.

¿Qué hacía entretanto Steven? Steven seguía haciendo la misma vida de siempre. Escribía una nueva comedia, iba al teatro, frecuentaba los restaurantes de moda, asistía a los conciertos de música, siempre atildado, siempre sonriente, siempre correcto y galante con las damas. Al parecer, se había resignado fácilmente con su derrota. El triunfo de sus teorías sobre la juventud le habían costado un poco caras, pero nadie le había oido quejarse. Sólo Flogdell, su buen criado, conocía el doloroso secreto de su corazón, la angustia de sus noches en vela paseando arriba y abajo del estudio como una fiera enjaulada, la expresión dolorosa que adquirían sus ojos al tropezar con uno de aquellos innumerables retratos de Linda que adornaban las paredes del piso. Había encanecido un poco más, su dolor reumático se había acentuado un poco. Estos eran los únicos signos externos de su lucha interior. El público, los amigos, nada sabían del drama íntimo de un hombre maduro profundamente enamorado de una mujer joven, que se le ha ofrecido a él, que le ha dicho una y mil veces que le ama, y que desaparece de su lado súbitamente, arrebatada por la juventud, cuando él está a punto de alcanzarla...

Aquella noche Gallovay, el gran actor de carácter, buen amigo del escritor, había acudido a su casa para pasar juntos la velada. Era tal vez el único que adivinaba la tragedia íntima del artista, expuesta de manera admirable en su última obra «Viejo Amor», como si al escribirla hubiera presentido lo que habría de venir más tarde. Apreciaba y admiraba sinceramente a Steven, y habría querido que el escritor tuviera un poco más de confianza en él, abriendole su corazón y contándole lo ocurrido. Pero Steven se refugiaba siempre tras de su eterna sonrisa irónica, y no había manera de arrancarle una sola palabra.

Jugaban a los naipes. Steven ganaba sin duda para confirmar el conocido aforismo de «desgraciado en el juego, afortunado en amores». Gallovay, que era uno de estos malos jugadores que no saben perder, estaba furioso y había decidido dar por terminado el juego y marcharse. Steven, que le tenía miedo a la soledad, le dijo con tono suplicante:

—¡Síntese! No se vaya todavía. No me deje solo; es muy temprano.

—Dos minutos más — concedió Gallovay.

Pero permaneció allí una hora más. Aquellos tres «viejos locos», Steven, Gallovay y Flogdell tuvieron la ocurrencia de ponerse a hablar de su niñez y habían tantas cosas que contar. Luego Gallovay les reveló con gran misterio que su verdadera vocación no había sido el teatro sino el deporte. Había pensado dedicarse al ring, pero se enamoró de una actriz y todo se fué a paseo. Flogdell le confesó que cada mañana hacía ejercicios gimnásticos y que tenía una fuerza de Hércules. Con gran regocijo de Steven, que permanecía al margen de aquellas aficiones, hicieron una prueba de fuerza de la que salió vencedor el actor. Por fin Gallovay, que estaba casado y por cierto adoraba a su mujer, expresó su resolución irrevocable de marcharse. Steven no protestó, pero le pidió que volviera a verle a menudo.

—Lo haré con mucho gusto. Desde hace unos días noto que no se le ve por ninguna parte. Está usted demasiado en casa...

—¡Bah, me voy haciendo viejo...! — repuso Steven, sonriendo. —He estado un poco resfriado y por esto he permanecido retirado unos días. Nos veremos en el teatro mañana.

A poco de haberse marchado Gallovay llamaron a la puerta. ¿Quién sería a aquella hora tan intempestiva? Flogdell fué a abrir y regresó al instante, portador de una noticia sensacional. Genoveva Lang, la rubia y despreocupada Genoveva, se hallaba en el hall esperando que Steven quisiera recibirla. Steven no se inmutó; ya estaba curado de espanto. Se limitó a guñarle el ojo a su criado y decirle en tono festivo:

—Si resuelvo ir a Finlandia esta noche ya sabes dónde guardo el pasaporte.

Entró Genoveva rutilante y magnífica. Debía ser la mujer más generosa de la tierra, porque en lugar de echarle una filipica al desaprensivo escritor por haberla dejado plantada una vez más, le obsequió con una de sus sonrisas más seductoras. Traía un espléndido ramo de flores, que se apresuró a colocar en un jarro, y con gesto de gatita mimosa preguntó a Steven, que no salía de su asombro:

—¿Sabes qué día es hoy? Nueve de agosto. ¿No te dice nada este día?

—No, no le decía nada. Steven así se vió obligado a confesarlo.

Hace siete meses justos que te estuve esperando inútilmente para ir a Finlandia. No te lo digo en tono de reproche porque no te guardo rencor. Al contrario, te estoy agradecidísima. ¿Sabes lo que sucedió? Fui a Finlandia sola. ¡Qué encanto, qué encanto! Los finlandeses son magníficos. Traje uno contigo. Me casé con él el lunes y quisiera que tú vinieras a la boda. Quiero que conozcas a Knutel. Es un tipo fantástico. Ancho de espaldas como un gorila, rico como todos los finlandeses... Tíene mi edad, pero él no lo sabe...

Volvieron a llamar a la puerta. Flogdell acudió a abrir, se oyó una voz femenina que preguntaba por Steven, ¡la voz de Linda! y casi al mismo momento ella hizo su entrada en el estudio. El asombro de Steven fué tan grande como su embarazo al encontrarse con el cuadro de las dos mujeres mirándose frente a frente como dos gallitos de pelea. Hubo una pausa violenta que cortó el escritor para hacer una pregunta tonta.

—¿Se conocen ustedes?

—Sí — repuso Linda secamente, y volviéndose a Steven le preguntó:

—¿Sabes qué día es hoy?

Y dale con la preguntita. ¿Es que Linda había venido para anunciarle también algo sensacional?

—No sé... — contestó evasivo.

—Nueve de agosto.

También Linda traía unas flores. En el estudio habían cuatro o cinco floreros, pero la joven fué a escoger precisamente el que estaba ocupado. Cogió el ramo que un momento antes había depositado allí la rubia Genoveva y lo tiró al cesto de los papeles con un gesto de displicencia, colocó luego sus flores y se quedó mirando a ambos como esperando su aprobación. Steven sonrió, pero Genoveva se puso furiosa, tan furiosa que sin decir ni oíste ni moste cogió el portante y se fué, sin que el escritor hiciera nada para detenerla. Pero antes de irse cogió el cesto con las flores y se lo llevó consigo. Linda se volvió hacia Steven y le preguntó con el aire más inocente del mundo:

—¿Eran tuyas?

—Sí, pero el cesto era mío — repuso Steven sonriendo.

El hielo estaba roto. El escritor acogía a Linda como a una antigua amiga que después de una larga ausencia volvía a su casa para alegría con su adorada presencia. Pero Linda no había ido allí para pasar un rato junto a Steven, sino para hacerle un dolorosa confidencia.

—Mi matrimonio ha sido un error, un gravísimo error. ¡Oh..

Steven, si supieras lo que he sufrido desde la última vez que nos vimos! ¡Lo que he llorado en estos últimos tiempos!

Hubo una pausa embarazosa. Luego Linda continuó hablando con tono triste.

—¡Ah, Steven! ¿Por qué no viniste a buscarme al día siguiente de haberme sorprendido aquí con Dickie en una actitud que pudo parecerme equívoca? ¿Por qué no lo hiciste? Me habrías ahorrado muchas, muchas lágrimas. Soy una egoísta. Hablo sólo por mí sin pensar en que tú también debes haber sufrido. ¿Por qué me hablaste tanto de las exigencias de la juventud? Me llenaste la cabeza de ideas extrañas y todo ¿para qué? Para que me casase con Dickie. ¿Tú sabes lo qué es Dickie? Un amasijo de músculos y nada más. Me casé con él y todavía no sé por qué. Fuimos a California, a Santa Bárbara. Nos levantábamos cada día a las siete de la mañana. Tres besos rápidos y una ducha fría. Luego montar a caballo, luego el golf, luego el tennis, todo con una rapidez de vértigo, sin dejarme tomar ni cinco minutos para descansar. En todo el tiempo que llevamos de casados, no hemos tenido ni una conversación íntima. Nada sé de él, ni él de mí. Somos dos extraños el uno para el otro. Mucho amor, mucha pasión; pero en el fondo, nada, absolutamente nada. Ni él me quiere a mí, ni yo le quiero a él. De noche no puedo dormir porque están las luces encendidas. El Hércules de cartón tiene que hacer ejercicios, no se le vayan a relajar los músculos. ¿Has necesitado alguna vez hacer gimnasia antes de tomar el café? Pues yo sí, porque él me lo ha impuesto, porque se ha empeñado en hacer de mí una mujer deportiva. Tú sabes lo que me gusta Nueva York, sus teatros, sus vasos de cerveza entre charla y charla en un restaurante de artistas. Risas, mala ventilación, discusiones sobre arte... y tú, Steven, tú por encima de todo. Si antes te quería, ahora te quiero mucho más...

—¡Calla, calla! — murmuró Steven. —No sabes lo qué te dices.

—Sí que lo sé, Steven, «ahora más que nunca». Antes podías engañarme con tus sofismas, con tus absurdas teorías acerca de la juventud, de sus impetos peligrosos, de sus exigencias. Ahora no; ahora sé bien lo que me digo. Tú y nadie más que tú. Te quiero más, infinitamente más de lo que te quería antes, porque ahora sé mucho más. Soy una mujer casada y tengo otra experiencia de la vida...

—¿Y Dickie? ¿Dónde está Dickie?

—No lo sé, ni me importa. Tuvimos una pelea y le dejé un papel diciendo que iba a pedir el divorcio. Me vine aquí porque necesitaba verte. Tú tienes que ayudarme.

—Linda — dijo Steven con voz grave. —¿Has pensado bien en lo qué haces? Lo que acabas de contarme no es motivo suficiente para pedir la separación ni siquiera para perder la ilusión en un hombre. Si él te quiere...

—No me quiere Steven, pero aunque así fuera, yo no le quiero. Tú hablas así porque no quieras perdonarme el mal que te hice inconscientemente. Pero yo te desquitaré, te lo aseguro. Deja que me separe de Dickie y que sea otra vez dueña de mi destino. Nos casaremos y seremos felices. Dime que sí, Steven, dime que crees todavía en mi amor como creías unos meses antes...

En aquel momento entró Flogdell. Venía a anunciar que en la antecámara estaba esperando Dickie en persona, acompañado de dos caballeros y un detective. Por lo visto sospechaba que Linda al salir de su casa, habría ido a buscar refugio en la del escritor. Se hallaban ante una situación difícil, digna de una comedia de aquellas que tanto éxito le habían reportado a Steven Gaye.

—¿Sabe que la señora está en casa? — inquirió Steven.

—Le dije que no, pero el detective me contradijo.

—Hazlo pasar a él y a los testigos. El detective que espere. Pero antes vamos a ocultar a Linda.

Cuando Dickie entró en el estudio, acompañado de dos individuos con cara de pocos amigos, Linda había desaparecido. Steven había cogido un libro y fingía estar leyendo con gran atención. Pero Dickie no se llamó a engaño. Sabía que su mujer estaba allí y venía dispuesta a armar el gran escándalo. Empezaron a registrar la habitación en busca de algún indicio revelador de que allí había una mujer, sin que Steven hiciera el menor gesto para oponerse. Encontraron dos colillas de cigarrillos, junto a dos vasos de «highball», pero en ninguna de las boquillas había restos de «rouge».

—No hay carmín — hizo notar uno de los testigos.

—Sí, dejé de usarlo a los quince años — repuso Steven, guasón.

Sólo cuando se disponían a seguir registrando el resto de la casa como si se tratase de la suya propia, Steven se creyó obligado a intervenir para advertirles que se estaban extralimitando. Empezaron a discutir. Dickie le reprochó al escritor el haberle robado el amor de su esposa.

—Desde que nos casamos no oigo más que su nombre. Ella no sabe hablar más que de usted. Usted es el mejor escritor, el mejor amigo, el hombre ideal, el único... Pero ha terminado. Yo no soy como los demás hombres de teatro, como usted, como ella... Soy miembro de una familia respetable. Tengo posición social y no me dejaré atropellar.

—¿Por qué no despide a estos señores y me cuenta todo esto con calma? — hizo observar Steven tranquilamente.

—No le daré ni un centavo. Y...

En aquel momento se abrió la puerta que conducía a las habitaciones particulares de Steven y apareció Linda en persona, ataviada con una bata de dormir del escritor. La sorpresa de todos al verla vestida de aquella guisa fué grande, pero lo fué más todavía al oírla decir con el tono más natural del mundo:

—¿Dónde están los cigarrillos, Steven?

Pareció sorprenderse mucho al ver a Dickie y los testigos, pero no se alarmó lo más mínimo.

—Hola. ¿Estábais vosotros aquí? ¡Qué sorpresa tan agradable!

Dickie le echó una mirada pulverizadora, pero ella permaneció impasible. Se acercó a Steven, le miró un instante, un solo instante, pero ambos se comprendieron perfectamente. Aquella era la última y suprema prueba de amor que podía darle ella. Arrostrar el escándalo, desafiar al mundo para ganarlo a él. Perder aquel marido de pega para ganar el marido ideal.

Desde aquel momento Linda y Steven actuaron como si estuvieran solos, interpretando una comedia con arte consumado. Linda se sentó al lado del escritor en el sofá y empezaron a hablar de sus cosas, del último libro que habían leído, del tiempo, de música. El elogió su «traje» en tono humorístico; ella le contestó en el mismo tono diciéndole que lo había comprado porque tenía la seguridad de que sería de su agrado. Sonreían, sonreían malévolamente, mientras los otros, Dickie y sus dos flamantes testigos no salían de su apoteosis. Hasta que al fin Dickie, furioso ya, sin poderse contener, convencido de que Linda y Steven le estaban tomando el pelo del modo más descarado, gritó, dirigiéndose a sus acompañantes:

—¿Conocen ustedes a esta mujer?

—Sí — respondieron ambos al unísono.

—¿Es o no mi esposa?

—Sí — volvieron a contestar.

—Ustedes son testigos de su desfachatez sin precedentes. Veremos ahora quién...

Se volvió hacia Steven.

—Usted quiso traspasármela, pero no le ha servido de nada. ¡Yo se la devuelvo! Pero antes de irme quiero decirle una cosa. No me costó gran trabajo conquistarla. Cayó en mis brazos sin lucha. Me bastó decirle «Te quiero...» ¿Ha oido usted? «Te quiero...»

No dijo más y salió acompañado de los dos testigos Linda y Steven quedaron solos. La joven tenía los ojos llenos de lágrimas. Las últimas palabras de Dickie la habían lastimado duramente. ¿Cómo decirle ahora a Steven, cómo convencerle de que sólo un ímpetu pasajero le había hecho cometer aquella locura de casarse con Dickie?

Hubo un largo silencio. Steven no decía una palabra. Esperaba a que hablase Linda. Esta lo hizo al fin para decir con tono dolorido:

—Steven, cuando llegué aquí hace un rato estaba desesperada. ¡Me parecía tan natural acudir a ti para que me ayudases! quería volver a tu lado, verte una vez más, estar junto a ti unos instantes. Gracias por el bien que me has hecho y perdóname todo el mal que te hice sin querer. Y ahora que sin proponérme lo me has ayudado a conseguir el ansiado divorcio, adiós, adiós para siempre. No volveré a molestarte.

Se levantó, tendió la mano al escritor que la estrechó entre las suyas largo rato. Se dispuso a marcharse, pero la voz de Steven la retuvo.

—Aguárda un momento, Linda. He sido un necio y un estúpido, pero no voy a serlo más. He pagado un precio demasiado caro. ¡Voy a escribir la comedia más grande de mi vida! Toma el carnet de notas, enseñádila. Voy a dictarte.

Linda obedeció casi inconscientemente. Igual, exactamente igual que unos meses antes. Se sentó frente a la mesa, cogió papel y lápiz y se dispuso a escribir.

—Acto I. Escena I — dictó Steven. —Un departamento en un rascacielos newyorkino... No, no Mejor será que pongas un castillo en España.

Se sentó en el brazo del sillón que ocupaba Linda y la enlazó por el talle.

—«Un hombre abraza a una mujer, un hombre enamorado. Acerca su rostro al oído de ella y le dice quedo, muy quedo, una palabra tonta, que nunca se ha atrevido a pronunciar: «Te quiero, Linda; te quiero»...

—¡Así se habla! — repuso Linda, gozosa, devolviendo el beso que Steven acababa de darle.

FIN

Editadas

- Núm. 1. *Sublime obsesión*, por Robert Taylor e Irene Dunne.
* — 2. *El desfiladero perdido*, por Buck Jones.
* — 3. *El gran impostor*, por Edmund Love.
* — 4. *La vida de la Boheme*, por Martha Eggert, Jan Kiepura.
* — 5. *La bandera amarilla*, por Hans Albers.
* — 6. *Cuando volvamos a amarnos*, por Margaret Sullavan.
* — 7. *El tigre de Esnapur*, por La Jana.
— 8. *La tumba india* por La Jana.
— 9. *Muñecas infernales*, por Lionel Barrymore.
— 10. *El cantante de Viena*, por Jan Kiepura.
— 11. *Juventudes rivales*, por Charles Farrell y June Martel.
— 12. *La marca de Cain*, por Noah Beery (hijo), Jean Rogers.
— 13. *Una chica de provincias*, Janet Gaynor y Robert Taylor.
— 14. *Siete bofetadas*, por Lilian Harvey y Willy Fritsch.
— 15. *El Capitán Costali*, por Olga Tschechowa, Karl Diehl.
— 16. *Morir con honor*, por Buck Jones y Edward Keene.
— 17. *Baile en el Metropol*, por Heinrich George y Viktoria von Ballasko.
— 18. *El poder invisible*, por Boris Karloff y Bela Lugosi.
— 19. *El Rapto*, por Gustav Fröhlich y Walt Janssen.
— 20. *Exterminio*, por Buck Jones.
— 21. *Rosas Negras*, por Lilian Harvey y Willy Fritsch.
— 22. *Jaque al Rey*, por Myrna Loy y Spencer Tracy.
— 23. *Caballería Ligera*, por Marika Rökk y Fritz Kampers.

* Agotadas

En preparación

UN MAL PASO, interpretada por
KEEN MAYNARD

PUBLICACIONES CINEMA

CALLE BAILEN, 154

BARCELONA



N.^o 24